

El enigma de Shakespeare*

Los dos últimos capítulos del libro *Crítica literaria*, de Paul Groussac, están dedicados a la cuestión Shakespeare, o, como yo he preferido llamarlo hoy, el enigma de Shakespeare. Se trata, como ustedes habrán supuesto, de la tesis de aquellos que niegan al individuo William Shakespeare, que murió en 1616, la paternidad de las tragedias, comedias, piezas históricas y poemas que hoy se admiran en todas partes del mundo. Groussac en aquellos dos artículos defiende la opinión clásica, la opinión que fue de todos hasta promediar el siglo diecinueve, cuando Miss Delia Bacon, en un libro prologado por Hawthorne, en un libro que Hawthorne no había leído, prefirió atribuir al canciller y filósofo y fundador y, en cierto modo, mártir de la ciencia moderna, Francis Bacon, la paternidad de esas obras.

Ahora bien: yo, desde luego, creo que el William Shakespeare que hoy honran el Oriente y el Occidente fue el autor de las obras que le atribuimos, pero a los argumentos señalados por Groussac querría agregar otros, y, además, ha surgido en los últimos años una segunda candidatura, la más interesante de todas, desde el punto de vista psicológico, y aun podríamos decir, desde el punto de vista policial: la que atribuye al poeta Christopher Marlowe, que murió asesinado en una taberna de Deptford, cerca de Londres el año 1593, la paternidad de esas obras. Veamos, en primer término, los argumentos contra la paternidad de Shakespeare. Los argumentos podrían condensarse así: Shakespeare recibió una educación bastante somera en la *Grammar School* o escuela elemental de su pueblo, Stratford. Shakespeare, según declaración de su rival y amigo, el poeta dramático Ben Jonson, poseía *small Latin and less Greek*, es decir «poco latín y menos griego». Y hay quienes en el siglo XIX descubrieron, o creyeron descubrir, una versación enciclopédica en la obra de Shakespeare; el hecho es, me parece, que el vocabulario de Shakespeare es un vocabulario gigantesco aun dentro de la gigantesca lengua inglesa, pero que una cosa es el empleo de términos de muchas disciplinas y ciencias y otra el conocimiento profundo o superficial de esas ciencias y disciplinas. Podemos recordar el caso análogo de Cervantes. Creo que un tal Barby en el siglo XIX publicó un libro titulado *Cervantes perito en geografía*. La verdad es que para mucha gente lo estético es inaccesible y prefiere buscar las virtudes de los hombres de genio —Cervantes y Shakespeare indiscutiblemente lo fueron—, entre otras cosas; en sus conocimientos, por ejemplo. Se dijo entonces, Miss Delia Bacon lo dijo, que la profesión de dramaturgo era algo deleznable en la época de Isabel, la reina virgen, y de Jacobo I, y que la versación enciclopédica que ellos creían descubrir en la obra de Shakespeare no podía pertenecer al pobre hombre William Shakespeare con su *small Latin and less Greek*, sus lecturas fragmentarias de Plutarco y de Chaucer, y que el autor de esas obras tenía que ser un hombre enciclopédico y Miss Delia Bacon lo descubrió en su homónimo Francis Bacon. El argumento entonces sería éste: Bacon era un hombre de vasta ambición política y científica: Bacon quería renovar la ciencia, instaurar lo que él llamó el *regnum hominis* o reino del

* Revista de Estudios de Teatro, VIII, 64, Instituto Nacional de Estudios de Teatro. Con motivo del Cuarto Centenario de William Shakespeare.

hombre. Y no hubiera convenido a su dignidad de canciller y de filósofo la redacción de obras dramáticas. Habría buscado entonces al actor y empresario William Shakespeare y habría usado el nombre de éste como seudónimo. Tal vendría a ser el argumento. Quienes enriquecieron, o llevaron al absurdo, la tesis de Miss Bacon, recurrieron —y ya estamos en lo policial, en «El Escarabajo de Oro» del futuro Edgard Allan Poe— a la criptografía. Por increíble que parezca, recorrieron toda la obra de Shakespeare buscando un verso que empezara con una B, el siguiente con una A, el otro con una C, el penúltimo con una O y el verso final con una N. Es decir, buscaban una firma secreta de Bacon en su obra, y no la encontraron. Entonces, alguno de ellos, aun más absurdo que sus precursores, lo cual parece difícil, recordó que la palabra *bacon* significa «tocino» en inglés, y que Bacon en lugar de firmar siquiera criptográficamente o acrósticamente su nombre, habría preferido firmar *hog*, o *pig* o *swine* que significa cerdo, hecho extraordinariamente improbable, ya que nadie hace bromas de ese tipo sobre su propio apellido. Y creo que alguno de ellos tuvo la suerte de encontrar un verso que empezaba con una P, el segundo no con una i, sino con una y griega, y el otro con una G. Y sobre ese cerdo solitario descubierto en las obras de Bacon, se creyó que la extraña tesis podía ser justificada. Hay además una larga palabra de tipo latino, sin sentido, en la cual algunos han descubierto el anagrama: «Francis Bacon sic scriptit» o «Francis Bacon fecit» o algo así por el estilo. Uno de los partidarios de la tesis baconiana fue Mark Twain: Mark Twain, que ha resumido todos los argumentos de una manera muy divertida en un libro titulado *Is Shakespeare dead? —¿Ha muerto Shakespeare?—* y que recomendando, no a la convicción, pero sí a la diversión de ustedes. Todo esto, como se ve, es puramente conjetural e hipotético. Todo esto ha sido refutado magistralmente por Paul Groussac en aquellos artículos que, según creo, se publicaron por vez primera en *La Nación* y luego aparecen al final del volumen *Crítica literaria*. Pero a estos argumentos yo agregaría otros, de índole diversa: Groussac habla de la pobreza de los versos que se atribuyen a Bacon: yo agregaría que la mente de ambos hombres es esencialmente, irreparablemente distinta. Bacon, desde luego, tiene, o tuvo, una mente más moderna que la de Shakespeare: Bacon siente la historia: Bacon sintió que su época, el siglo XVII, era el comienzo de una era científica y Bacon quiso que no se procediera venerando los textos de Aristóteles sino investigando la naturaleza directamente. Ya por la Edad Media había corrido la metáfora, o la imagen, de dos libros redactados por el Espíritu Santo. Uno de esos libros sería la Biblia, el otro sería el libro siempre abierto de la Naturaleza, o, como diría el historiador Carlyle después, el libro de la Historia, aquel libro que debemos leer y escribir continuamente: cada uno de nosotros es parte del proceso histórico: y además con una frase, que casi infunde una suerte de temor —agrega Carlyle—, aquel libro en el cual también nos escriben: es decir, nosotros somos asimismo símbolos de la historia. Bacon fue un precursor de lo que ahora llamamos ficción científica, ya que en su *Nueva Atlántida* él nos narra la aventura de unos viajeros que llegan a una isla perdida en el Pacífico y en esa isla están realizados muchos

de los prodigios de la ciencia actual. Por ejemplo: hay naves que navegan bajo el agua, hay otras que navegan por los aires; hay gabinetes en los que se producen artificialmente la lluvia, la nieve, las tempestades, los ecos y los arco-iris; hay jardines zoológicos que agotan la variedad de todas las cruas, especies vegetales y animales actuales, una suerte de jardín zoológico fantástico. Luego, la mente de Bacon era no menos propensa a la metáfora que la mente de Shakespeare. Aquí tendríamos un punto de contacto entre los dos, salvo que las metáforas son harto distintas. Imaginemos un libro de lógica, el *Sistema de Lógica*, de Stuart Mill, en el cual señala los errores a que la mente humana propende. Tendríamos una clasificación de falacias. Esto lo ha hecho Stuart Mill y lo han hecho muchos otros. Pero, ¿cómo lo hizo Bacon? Lo hizo, ante todo, diciendo que la mente del hombre no es un espejo liso, sino un espejo ligeramente cóncavo o ligeramente convexo, que deforma la realidad. Luego afirmó que el hombre propende al error, y llamó ídolos a los errores a que propendemos. Y enumeró, así, los *ídola-tribus*, los ídolos de la tribu, los ídolos comunes a todo el género humano. Manifestó que hay mentes que notan las afinidades de las cosas, y otras que tienden a notar y exagerar las diferencias, y que el observador científico debía observarse a sí mismo y corregir esa inclinación a notar diferencias o parecidos. Simpatías o diferencias, diría, a su tiempo, Alfonso Reyes. Luego, Bacon habla de los ídolos de la caverna, *ídola specus*; es decir, cada hombre propende, sin saberlo, a cierta clase de errores. Imaginemos a un hombre, un hombre inteligente, a quien le exponen, digamos, la poesía de Heine, la filosofía de Spinoza, las doctrinas de Einstein o de Freud. Si este hombre es antisemita, tenderá a rechazar esas obras, simplemente porque son obras de judíos; y si es judío o filosemita, tenderá a aceptarlas, simplemente porque siente simpatía por los judíos. En ambos casos no examinará imparcialmente la obra de Heine, o la obra de Einstein, o la filosofía de Bergson, o lo que fuere, sino que supeditará su juicio de tales obras a sus gustos o sus disgustos. Después, Bacon señala los *ídola forum*, los ídolos del foro, o del mercado; es decir los errores causados por el lenguaje, y observa que el lenguaje no es obra de los filósofos, sino obra del pueblo. Chesterton afirmaría que el lenguaje fue inventado por cazadores, pescadores y vagabundos y por eso es esencialmente poético. Es decir, el lenguaje no ha sido creado para la descripción de la verdad, ha sido creado por gente arbitraria y fantasiosa; el lenguaje nos lleva continuamente a errores. Si se dice de alguien que es sordo, por ejemplo, y otra persona lo pone en duda, el primero dirá: Sí, es sordo como una tapia, simplemente porque tiene a mano la frase conveniente: «sordo como una tapia». Y a esos ídolos Bacon agrega una cuarta especie de ídolos, que son los que él llama *ídola teatri*: ídolos del teatro. Anota Bacon que todo sistema científico, sin excluir su sistema de filosofía, observación e inducción —de ir, no de lo general a lo particular, sino de lo particular a lo general—; Bacon dice, repito, que toda filosofía reemplaza el mundo real por un mundo más o menos fantástico, o, en todo caso, simplificado. Y así tenemos el marxismo, que juzga todos los hechos históricos por razones económicas; o tenemos a un historiador como Bos-

suet, que ve en todo el proceso histórico a la providencia; o las teorías de Spengler; o las doctrinas actuales de Toynbee, y ninguna de ellas, diría Bacon, es la realidad sino un teatro, una representación de la realidad. Bacon, además, descreía del idioma inglés. Bacon creía que las lenguas vernáculas no tenían porvenir. Por eso él hizo traducir todas sus obras al latín. Bacon, tan enemigo de la Edad Media, creía, como la Edad Media, que hay una lengua internacional, que es el latín. En cambio, Shakespeare, según sabemos, sintió profundamente la lengua inglesa, esa lengua acaso única, entre las otras lenguas occidentales, porque posee lo que podríamos llamar un doble registro: para las palabras comunes, para las ideas, digamos de un niño, de un rústico, de un marinero, de un campesino, posee palabras de origen sajón, y para lo intelectual posee palabras de origen latino. Y además, esas palabras no son nunca exactamente sinónimas, hay un matiz diferencial; una cosa es decir sajónicamente «dark» y otra cosa es decir «obscure», una cosa es decir «brother hood» y otra decir «fraternity», una cosa, sobre todo para la poesía, que depende no sólo del ambiente, no sólo del sentido, sino de la connotación del ambiente de las palabras, una cosa es decir latinamente «riget» y otra es decir «single».

Shakespeare sintió todo esto, podríamos decir que buena parte del encanto de Shakespeare depende de ese juego recíproco de voces latinas y de voces germánicas. Por ejemplo, cuando Macbeth, ante su mano ensangrentada, piensa que esa mano teñiría de escarlata los mares multitudinarios, haciendo de lo verde una sola cosa roja, dice:

Will all great Neptune's ocean wash this blood
Clean from my hand? No, this my hand will rather
The multitudinous seas incarnadine,
Making the green one red.

En el tercer verso tenemos largas y sonoras y letradas voces latinas: multitudinous, incarnadine, y luego breves voces sajonas: green one red. De suerte que hay, me parece, una incompatibilidad psicológica entre la mente de Bacon y la mente de Shakespeare, y esto basta para invalidar todos los argumentos de los baconianos, y todas las criptografías, todas las firmas secretas, reales o imaginarias, que han descubierto o que han creído descubrir en su obra.

Hay otras candidaturas que paso por alto, y llego ahora a la menos inverosímil de todas: a la del poeta Christopher Marlowe, que murió asesinado, según se cree, el año 1593, a los 29 años, la edad de la muerte de Keats, la edad de la muerte de nuestro poeta suburbano Evaristo Carriego. Y veamos un poco la vida de Marlowe y su obra. Marlowe fue un «university whit», un ingenio universitario; es decir, perteneció a aquel grupo de jóvenes universitarios que condescendieron, por decirlo así, al teatro, y además Marlowe perfecciona el «blank verse», el verso blanco, que sería el instrumento predilecto de Shakespeare, y hay en la obra de Marlowe versos no menos espléndidos que en la obra de Shakespeare; por ejemplo, aquel verso admirado por Unamuno que dijo que era superior, ese solo verso era superior, a todo el *Fausto* de Goethe, olvidando acaso que la perfección es más fácil en un verso que en toda una vasta obra, donde es acaso imposible.